

SENTIDO TEOLOGICO DE LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

Carlos G. Alvarez, eudista

Comienzo a redactar este artículo el Jueves Santo y me sitúo en la celebración de la llamada "Misa Crismal". La oración para bendecir el Oleo de los enfermos, que mantiene los principales elementos de la oración antiquísima "Emitte", tiene dos traducciones castellanas:

- La edición española, al referirse a los efectos del óleo bendecido, traduce, así:

"Enriquece con tu bendición este óleo, para que cuantos sean ungi-dos con él, sientan en cuerpo y alma tu divina protección y experi-menten alivio en sus enfermedades y dolores".

- La edición colombiana, por su parte, nos ofrece esta versión: "Que por tu santa bendición sea este óleo para cuantos con él se ungen, protección del cuerpo, alma y espíritu, y liberación de todo dolor, debilidad y enfermedad".

¿Qué dice el texto oficial latino? Es interesante acudir a él y hacer algunas observaciones que orienten la reflexión teológica sobre la un-ción de los enfermos:

"Ut tua sancta benedictione sit omni, qui hoc unguento perungitur, tutamen corporis, animae ac spiritus, ad evacuandos omnes dolores, omnes infirmitates, omnem aegritudinem".

Las diferencias de traducción son visibles, pero me queda resonando una inquietud: hay realmente una traducción o una interpretación? y la

interpretación, de qué concepción teológica parte? Porque la fuerza del texto original se pierde muy fácilmente en las traducciones¹.

El texto latino, en efecto, hace cuatro opciones que no podemos descuidar:

a) Una opción bíblica. Al preferir la terminología del N.T., cuando habla de "oración de la fe" (Sant 5, 14-15), de "cuerpo, alma y espíritu" (1 Tes 5, 23) y cuando subraya el adjetivo 'todo': todos los dolores, todas las debilidades, toda enfermedad (cfr. el original griego de Mt 4, 23-25; 9, 35).

b) Una opción histórica, en una sociedad secularizada. Hubo, durante el proceso de revisión del Ritual, el deseo de elaborar una oración de consagración que suprimiera la insistencia en la curación física o que no apareciera como una panacea de todas las debilidades humanas. Se mantuvo en sus elementos básicos la oración 'Emitte', que proviene de los primeros siglos, para indicar una continuidad en la fe y en la enseñanza de la Iglesia: la Unción se hace a los enfermos y tiene efectos concretos de salud y fuerza.

c) Una opción antropológica unitaria y a la vez totalizante. La persona es una (mientras la oración latina habla en singular *omni* las traducciones proponen un plural *cuantos*), y se expresa en diversas dimensiones, que 1 Tes 5, 23 llama 'cuerpo, alma, espíritu'. Hoy la antropología asume estas dimensiones del hombre y la liturgia afirma que la Unción afecta a la totalidad del ser humano, corporal, síquico y espiritual².

d) Por último, una opción teológica: el Sacramento de la Unción es para los enfermos. No para los moribundos; se administra como 'tutamen' (protección) de todo el hombre y para liberar (ad evacuandos) de todos los dolores, todas las debilidades, toda enfermedad. No es, por tanto, un Sacramento para conceder un simple alivio espiritual o preparar para la hora decisiva a quienes ya tienen los pies en los umbrales de la eternidad.

1. Cfr. *Nuevo Ritual* n. 75. Las citas que hagamos remiten al texto latino (NR). Véase más ampliamente el estudio histórico del Ritual en ALVAREZ C. *Sentido teológico de la Unción de los enfermos*. Bogotá, 1982, pg. 315-351; sobre todo 332-338.

2. Cfr. GY P.M. "Le nouveau Rituel Romain des malades". En *La Maison-Dieu*, 113 (1973) pg. 40.

Al recordar estas cuatro opciones me viene otra inquietud: ¿No peca la liturgia contra la prudencia al esperar, tanto de un Sacramento en los enfermos? ¿O son sus textos, palabras bellas y elegantes que no corresponden a la realidad? ¿Y dónde queda aquello de “lex orandi, lex credendi”? Siento, por lo mismo, una urgencia que me lleva a revisar no sólo la teología que nos han enseñado, sino la misma fe que decimos profesar. Porque tal vez, mientras que la liturgia cree y vive una cosa, nosotros los teólogos y los pastores vivimos otra.

El Pueblo de Dios, en su oración siempre va más allá de los límites de la prudencia precisamente porque se sabe amado y confía en su Señor. En su oración no opone restricciones sino que se lanza con plena confianza; consciente, como dice Pablo, de una realidad todavía más escandalosa para los prudentes: el Señor tiene poder para realizar todas las cosas, incomparablemente mejor de lo que podemos pensar o pedir, conforme al Poder que actúa en nosotros (cfr. Ef. 3, 20) y este Poder es el Espíritu.

Así, pues, trataré de presentar las líneas fundamentales que permiten elaborar el sentido teológico de la Unción de los enfermos.

La liberación del sacramento

En el contexto propio de nuestra teología latinoamericana, la liberación es una realidad y una exigencia. Situados en este ambiente, podemos hablar de todo un proceso de liberación que está experimentando el Sacramento de la Unción y que aún no ha terminado porque todavía le falta adquirir la conciencia plena de su existencia y presentarse con una figura propia y una identidad que no sea prestada en el conjunto del septenario sacramental.

Lo decimos a conciencia porque, si recordamos el surgimiento de la teología sacramental en los siglos XII y XIII, el ambiente no era muy propicio para elaborar una teología madura del Sacramento. Los elementos históricos confusos, la práctica de la penitencia degradada y los límites de cada sacramento no definidos claramente; todo esto permitió que la Unción de los enfermos apareciera como un último sacramento, tan pobre que no tenía más remedio que recostarse al lado de la Penitencia. Fue llamado “Extremaunción” y permaneció casi ocho siglos a la sombra de la Penitencia, casi como apéndice corto del tratado de ese sacramento.

Algunos hechos concretos han permitido esta toma de conciencia y han lanzado el proceso liberador de Sacramento:

- El asumir la historia de una manera serena y consecuente. No puede haber liberación si no hay conciencia de las raíces, del pasado y de la historia. Acudir a la historia y asumirla ayuda a enfrentar la realidad de una manera liberadora.

A. Chavasse y F. Cavallera fueron los pioneros en este esfuerzo. El primero, al investigar sobre la historia de la Unción en sus comienzos; el segundo, al tratar de penetrar en las discusiones y el contenido de los Decretos tridentinos sobre la Unción³. Sus estudios dieron origen a todo un proceso de discernimiento que ha resultado sumamente positivo en la elaboración teológica del Sacramento.

- El enfrentar la propia imagen con madurez y sin complejos. Tal ha sido el esfuerzo del Concilio Vaticano II en el interior mismo de la Iglesia: toma de conciencia de la realidad eclesial (el 'misterio de la Iglesia') frente al espejo de la Palabra y del Plan salvífico del Padre para salir al mundo y a la historia en una apertura y una presencia significativa y transformante (la Iglesia, sacramento de Cristo Resucitado en el mundo). En lo que se refiere al Sacramento de la Unción, el Concilio enfrentó los aspectos fundamentales de la realidad de la Unción (naturaleza, sujeto, ministro, efectos, ritos) pero, por el carácter pastoral del Concilio, prefirió mantener abierta la discusión y lanzar el problema a la comisión redactora del nuevo Ritual⁴.
- El actuar decididamente en la realización de una opción. Fue lo que aconteció con la revisión del Ritual y la elaboración del nuevo, tarea finalizada en 1972. Ocho años de trabajo que concluyeron en un ritual que apenas empieza a ser asumido en toda su verdad. El estudio detenido del mismo permite descubrir una opción precisa, un abandono de corrientes teológicas que deben ser superadas y la orientación clara del Sacramento como culminación litúrgica del

3. Cfr. CHAVASSE A. *Etude sur l'Onction des infirmes dans l'Eglise latine* Vol. I, *Du III siècle à la Reforme carolingienne*. Lyon, 1942. CAVALLERA F. "Le Décret du Concile de Trente sur la Pénitence et l'Extrême-Onction", en *Bulletin de littérature Ecclésiastique*, 39 (1938) 3-20. Véase también DUVAL A. L'Extrême-Onction au Concile de Trente, Sacrement des mourants ou Sacrement des malades? en *La Maison-Dieu*, 101 (1970) 127-162.

4. Véase ALVAREZ O. op. cit. 203-206.

ministerio de curación de la Iglesia al servicio de la persona enferma y en el seno de una comunidad concreta.

Por todo esto, hemos hablado analógicamente de “la Pascua del Sacramento de la Unción”⁵ en diversos sentidos:

- En cuanto al nombre: paso de “Extremaunción” al nombre actual de “Unción de los enfermos”;
- En cuanto al sentido: paso de “Sacramentos de moribundos” (‘ex-euntium’) a Sacramento propio de los enfermos;
- En cuanto a la pastoral: paso de “un sacramento que ayuda a bien morir” a un sacramento que ayuda a luchar contra la enfermedad, sabiendo acoger la muerte cuando ésta llega⁶.
- En cuanto a su celebración: paso de un Sacramento administrado ‘in extremis’ a un moribundo que ya no es consciente de la vida, a un Sacramento celebrado por una comunidad que encomienda a Dios al enfermo y es capaz de recibir de éste el testimonio vivo de los valores que nunca pasan;
- En la teología: paso de un Sacramento “ignorado”, “descuidado” y “problemático”, a un sacramento cuya teología está por hacerse y que interesa tanto a teólogos como a biblistas y a pastoralistas.

La superación de una imagen del Sacramento

Con todo lo anterior se entiende mejor por qué hablamos de superación de una imagen. Es hora ya de abandonar en la teología y en la pastoral una falsa visión del Sacramento de la Unción que no produce sino retardo en la maduración teológica de su sentido y daño en la celebración falseada de su ritual.

5. Idem. 422.

6. En este sentido, es curioso todavía encontrar visiones desfasadas del Sacramento en obras y en autores como *Mysterium Salutis*, V, Cristiandad, Madrid, 1984 (el Sacramento está situado en el cap. 5 sobre la muerte del cristiano), o FOUREZ G. *Sacramentos y vida del hombre*. Sal Terrae, Salamanca, 1983, para quien el sacramento tiene “la finalidad de ayudar al enfermo y a sus familiares a descubrir en la enfermedad y en la muerte un don y una esperanza que vienen de Dios”. pg. 180.

Este trabajo de abandono es ya una afirmación de la personalidad del Sacramento: al rechazar lo que no es el Sacramento, estamos implícitamente afirmando lo que constituye el sentido profundo de la Unción de los enfermos. Proponemos sintéticamente las concepciones erradas del Sacramento: al rechazar lo que no es el Sacramento, estamos implícitamente afirmando lo que constituye el sentido profundo de la Unción de los Enfermos. Proponemos sintéticamente las concepciones erradas del Sacramento:

- La Unción no es un sacramento de moribundos. Cuando la Penitencia se convirtió en sacramento del final de la vida, para poder reconciliar definitivamente al pecador que no tendría que cumplir así las exigencias radicales de la praxis penitencial, por ser éstas desmedidas, la Unción pasó a ser también un Sacramento 'in extremis'. El Concilio de Trento, no sin dificultades, pero tampoco con seguridad, toma el adjetivo "extrema" de los Doctores eclesiásticos y desde entonces adquiere peso el nombre de "Extremaunción". El título y la pastoral de agonizantes llevó a creer que el Sacramento era de moribundos y para moribundos.

Gracias a los estudios bíblicos, históricos y teológicos de este siglo el Sacramento ha ganado en conciencia y en seguridad, cosa que le ha permitido salir de una infancia de siglos. Hoy, los teólogos ya no insisten casi en que la Unción prepare a la muerte (como su fin propio) o consagre la muerte del cristiano. Aunque el mismo Rahner lo haya afirmado⁷, después del nuevo Ritual es claro que la Unción ha dejado de ser sacramento de moribundos. No se niega que todo hombre deba morir, ni que la enfermedad tenga una referencia implícita a la muerte; pero, sabiendo que la muerte es una realidad plenamente humana y no una enfermedad, si la Unción se le aplica al moribundo es en cuanto enfermo y no en cuanto moribundo. La Unción es un Sacramento de enfermos y para enfermos.

- La Unción no es un supletorio del Viático. A tal punto se llevó la administración de la Unción a los moribundos, que hubo autores —como Grillmeier, Philippon y Piolanti— que llegaron a afirmar que el Sacramento es signo de nuestra partida al cielo o signo de nuestra entrada a la gloria. Cristo, según esta visión, instituyó el Sacramento

7. RAHNER K. *Zur Theologie des Todes*. Freiburg, Herder, 1958, 70-72.

para la hora de los últimos combates, a fin de sostener a los suyos hasta el final, arrancarlos del poder del demonio y conducirlos sin demora a la Casa del Padre⁸.

Gracias a la acción del Vaticano II, la Unción volvió a ocupar su puesto antes del Viático y devolvió a este su sentido. La Unción no prepara a la muerte, no conduce a la gloria, no es el sacramento de la última y definitiva Pascua del creyente, todo lo cual es propio de la Eucaristía como Viático.

- La Unción no es el Sacramento de la tercera edad, como algunos podrían pensar, en una época en que la sociedad y la cultura le dan tanta importancia a los mayores, sobre todo en países donde éstos son mayoría. De ser así, de una manera sutil y refinada. Cuando el nuevo Ritual, propone la Unción a los ancianos, no es en razón de la proximidad de la muerte, sino en razón de la debilidad o enfermedad provenientes de la edad, según aquel aforismo latino: "Senectus ipsa est morbus" (Terencio Afro. Phormio IV, 575). No existe, por lo tanto, un Sacramento de la vejez.
- La Unción no es la renovación de la gracia bautismal en el momento de la enfermedad. Para Fedrizzi⁹, la enfermedad deprime al creyente y lo hace sufrir hasta poner en crisis su fidelidad bautismal; la Unción robustece y reafirma al enfermo en la bondad bautismal mediante la oración de la fe. Pero si tal es el efecto específico de la Unción, ¿por qué no sustituir esta renovación bautismal y, aún, enriquecerla, por una celebración comunitaria de renovación de promesas bautismales? La Unción es un Sacramento propio de los enfermos, con efectos concretos y precisos que le dan fisonomía propia y lo presentan mucho más que un simple perfectivo del bautismo.
- La Unción no es la consagración del enfermo ni de la enfermedad, hasta el punto de hacer de ella un ministerio al servicio de la Iglesia. Hubo quienes llegaron a pensar que siendo la Unción un sacramento de enfermos y dándose en ella una presencia especial del Espíritu, se podría pensar en un Sacramento que "consagra" (como en el bautismo, la confirmación, el orden) tanto al enfermo como a

8. Cfr. ALVAREZ C. Op. cit. pg. 63ss.

9. Cfr. FEDRIZZI P. "La sacra Unzione degli enfermi nelle indicazioni del Concilio Vaticano II". En *Analecta*, 66 (1967) 578-586.

la enfermedad. Por más bella idea que parezca, es absurda ante la orientación general del nuevo Ritual. Para éste, la enfermedad es un mal contra el que hay que luchar (NR. 3) puesto que Dios quiere la salud de los hombres. La Iglesia tiene "un ministerio de curación" que continúa y actualiza el de Jesús, no porque quiera consagrar la enfermedad en el mundo sino porque quiere desterrarla, y este hecho es presencia salvífica del Reino de Dios entre los hombres.

Identidad de la Unción

¿Cómo descubrir, entonces, la identidad de la Unción? ¿Por dónde va la reflexión teológica actual? Si hacemos una reflexión sencilla, podremos determinar diversos aspectos que marcan la fisonomía del Sacramento. La Unción se ofrece a los enfermos como sacramento de salvación de la Iglesia, la cual, a su vez, es sacramento de Cristo por su vida, muerte y resurrección. De este conjunto se deduce que, para entender la Unción como Sacramento, es preciso tener en cuenta cuatro aspectos, que llamaremos "marcos":

- El marco antropológico: la Unción se ofrece, no a cualquier clase de personas o de creyentes, sino concretamente a los enfermos;
- El marco eclesiológico: la Unción es un Sacramento de la Iglesia, comunidad de salvación que, en la historia de los hombres, presencia el poder de la Resurrección;
- El marco cristológico: La Unción hace presente la actividad apostólica de Jesús con los enfermos y les aporta su misma salvación;
- El marco simbólico: la Unción misma es un signo que, unido a la oración de la fe y a la imposición de manos, quiere expresar una realidad que la trasciende, la Pascua de Jesús.

Miramos uno por uno, aunque en diverso orden, para facilitar la comprensión teológica del Sacramento.

1) La Unción: Sacramento de los enfermos y para los enfermos.

Como Sacramento de la Iglesia que ofrece el poder de la resurrección en una situación determinada, la Unción va dirigida al hombre creyente que está en situación de enfermedad.

- La antropología que está a la base de la teología y pastoral de la Iglesia merece hoy una revisión sincera. Es preciso superar una

antropología dualista, dicotómica, que nos ha llevado muchas veces a un espiritualismo desencarnado. Superar, igualmente, una visión meramente psicológica o científica del hombre. La realidad toda del hombre, que integra lo físico, lo psicológico, lo científico, lo sociológico y lo religioso, y es asumido por el mensaje de la Palabra, tal es el interés del Sacramento.

Tal ha sido, igualmente, la preocupación de la Iglesia desde el Vaticano II (GS n. 14) y que encontramos en Puebla (P 305-339) y en el nuevo Ritual de la Unción. Este en efecto, nos conduce hasta el hombre enfermo y no hace distinción entre su parte espiritual (el alma) y su parte física (el cuerpo). El n. 6 del nuevo Ritual es clave en este punto porque constituye una relectura y reinterpretación del texto oficial de Trento (cfr. DS 1696):

“Este sacramento ofrece al enfermo la gracia del Espíritu Santo, por medio de la cual todo el hombre recibe ayuda para su salvación, es confortado con la esperanza en Dios y fortalecido contra las tentaciones del Maligno y las angustias de la muerte, de tal manera que no sólo pueda tolerar con fortaleza estos males sino que inclusive pueda vencerlos y llegar a recobrar la salud, si le conviniere para su salvación espiritual. Le concede, además, si es necesario, el perdón de los pecados y la consumación de la conversión cristiana”¹⁰.

Todo el hombre, pues, pero un hombre que está enfermo.

- Y ¿qué es la enfermedad? ¿Cómo la enfrenta la teología actual? Aquí también se precisa una purificación de sentido. La enfermedad no es siempre consecuencia directa de un pecado personal. No es producida por Dios, ni es un acto positivo de su voluntad, ni es una oportunidad ofrecida a nosotros expresamente para obtener méritos. Por el contrario, la visión más superficial que podemos tener nos dice que la enfermedad es, a la vez, un sin sentido y un hecho natural de la vida humana.

Esta enfermedad hay que afrontarla desde el ángulo científico y médico: Su diagnóstico real debe ser asumido con serenidad y madurez, y éste tiene en cuenta hoy el elemento sicosomático del

10. Si se quiere una comparación precisa con Trento; cfr. ALVAREZ C. Op. cit. pg. 329-332.

hombre. Hay que afrontarla también desde el punto de vista fenomenológico: El estar enfermo produce una ruptura de la unidad subjetiva, crisis en la comunicación, experiencia de la fragilidad radical de la persona, cuestionamiento profundo del sentido de la vida. Afrontarla, igualmente, desde el punto de vista socio-económico: la situación de la sociedad y el desarrollo de la medicina en el lugar donde vive el enfermo. Porque una cosa es organizar la pastoral de enfermos en los países desarrollados, donde el enfermo está cómodo en el hospital y puede reflexionar sobre su propia vida; y otra, responder a un pueblo que muere de hambre y de múltiples epidemias, producidas muchas veces por una situación de injusticia institucionalizada. En el primer caso, el problema está en cómo hacer más humana la medicina y cómo ser en el hospital presencia viva de Jesucristo. En el segundo, cómo luchar para que todos tengan posibilidad de atención y cómo actuar un ministerio de curación que sea presencia viva del Reino entre los pobres. El Nuevo Ritual plantea el diálogo y la interrelación de dos "ministerios": El ministerio del dolor humano y el misterio de la salvación (NR 1): De ambos saldrá un "ministerio de curación" realizado por la Iglesia.

En síntesis, cuando la teología tradicional habla de sujeto del Sacramento, la Iglesia propone hoy al enfermo como receptor fundamental de la Unción. Un enfermo en el que se pueden dar múltiples situaciones: Desde una enfermedad que no necesariamente lo postra en cama y le permite acercarse al lugar de la celebración (NR 66; 84), hasta una enfermedad que lo sitúa en próximo peligro de muerte y necesitado de la presencia animadora y fraterna de la comunidad.

2. La Unción, Sacramento que hace presente la Pascua de Cristo.

A este hombre enfermo le viene al encuentro Jesucristo, en un sacramento eclesial. He aquí el segundo marco de referencia de la Unción. La teología de la Unción y el ministerio de la curación de la Iglesia no se entienden sin una seria fundamentación cristológica. En esta cristología es preciso considerar al Hijo eterno del Padre que se ha hecho Emanuel entre los hombres, tomando carne de la Virgen María; al Hombre Jesús de Nazaret, que ha compartido nuestra debilidad y ha realizado un ministerio de curación con los enfermos como liberación de toda marginación y pecado humanos, pero también como vocación a la realización plena en la comunión y en la libertad; al Señor Jesús, glorioso y Resucitado vencedor del pecado y de la muerte.

Cuando los evangelistas inician la redacción de la Buena Noticia sobre Jesús, presentan desde el principio de sus escritos una síntesis sobre la obra y el ministerio del Señor que después ampliarán a lo largo del Evangelio. Mateo y Lucas son más cuidadosos de proponer esta síntesis.

- Mateo 4, 23-25 y 9, 35 plantea así el ministerio de Jesús:
 “Jesús *recorría toda* Galilea (*todas* las ciudades y aldeas) *enseñando* en sus sinagogas, *proclamando* la Buena Nueva del Reino *curando toda* enfermedad y *toda* dolencia...”.

Su fama llegó a **toda** Siria y le trajeron **todos** los que se encontraban mal... y los curó.

En estos 4 verbos subrayados sintetiza Mateo toda la actividad de Jesús. *Itinerante* permanente en función del Reino, Jesús va por todas partes comunicando el Evangelio y haciendo presente la salvación de Dios. Como *mensajero*, predica y proclama la Buena Noticia al pueblo, de una manera corta, rápida e impactante. Como *Maestro*, enseña e instruye a una comunidad de discípulos en los caminos de la Ley y la verdadera justicia. Pero también *cura* y este verbo aparece 16 veces en Mateo, casi todas con referencia a Jesús.

Agrega además Mateo el adjetivo **todo** que califica y determina la acción de Jesús: la misión recibida del Padre (hacer presente el Reino), la realiza activamente (*proclamando, enseñando, curando*) y de una manera que llegue, no sólo a **todos** los lugares, sino también a **todos** los hombres y en **todas** su debilidades. Palabra y signos unidos, pues, para hacer presente una realidad salvífica y definitiva.

Así lo confirman los capítulos siguientes (5-9) y todo el resto del Evangelio. Con la Palabra, proclamada desde el monte, ofrece al pueblo la Ley que da la vida y la enseña a realizar en la justicia (cap. 5, 6, 7); con las acciones de poder y de curación, hace presente el Reino definitivo (cap. 8-9).

Si sólo nos quedamos en los capítulos 8 y 9 de Mateo y observamos las personas que buscan a Jesús, encontramos una descripción amplia y significativa: hay impuros que, por alguna enfermedad (lepra o flujo de sangre) no pueden participar activamente en la comunidad y deben aceptar el vivir alejados de ella (8, 1-4; 9, 20-22); hay paralíticos, que no pueden moverse y actuar, por eso tienen que ser llevados a Jesús (8, 5-

13; 9, 1-8); hay mujeres postradas e incapacitadas para servir (8, 14-15) hay ciegos que, a pesar de seguir a Jesús, no alcanzan todavía a “ver” (9, 27-31); hay personas dominadas por fuerzas extrañas que las llevan a vivir en la mudez e incomunicación, en la desesperación, la rabia o la lejanía total de la comunidad (8, 28-34; 9, 32-34). A todas ellas responde Jesús con una palabra de animación y con un signo de salvación.

Por eso, en 8, 17, Mateo afirma que Jesús realiza plenamente la esperanza mesiánica (verbo Πιῆροῶ) y actualiza la persona del siervo de Yahvé (Is. 53, 4). Pero con una característica que diferencia a Jesús del siervo de Isaías: en el profeta, el siervo es un hombre enfermo y sufriente; en Mateo es un hombre fuerte que sana: no toma sobre sí resignadamente la enfermedad de los hombres sino la asume y la destruye con poder.

— Lucas, por su parte, y desde una visión teológica propia, que no se opone a la de Mateo, afirma y describe la misión de Jesús como una acción en el poder del Espíritu. Citando a Isaías 61, 1-2 y aplicándolo a Jesús, propone dos acciones del Espíritu sobre él: el Espíritu ha ungido (ἔχρισεν en aoristo) y lo ha enviado ἀπέστλκεν en perfecto) a realizar una misión histórica (Luc 4, 18-19). Esta misión está expresada en cuatro verbos activos:

- Evangelizar a los pobres
- proclamar la liberación
- enviar en libertad
- proclamar un año de gracia del Señor.

Tres verbos que indican un anuncio vivo (evangelizar, proclamar x2) y un verbo que lo realiza (enviar en libertad). Jesús no sólo anuncia la liberación sino que la realiza de hecho, enviando libres a quienes él salva.

Pero ¿quiénes reciben y acogen esta acción salvadora de Jesús? Lucas propone cuatro términos igualmente expresivos:

- Los pobres (πτόχοι): 10 veces en su Evangelio con una connotación socio-económica concreta. Son los que nada tienen.
- Los cautivos (ἀἰχμαλώτοι): los esclavizados por diversas fuerzas extrañas, que no les permiten realizarse en plenitud. Término único en el N.T.
- Los ciegos (τυφλοί): impedidos para ver. 7 veces en Lucas y siempre en sentido físico natural.

- Los oprimidos (tethrausménoi) por situaciones crueles e inhumanas. Término único en el N.T.

A todos ellos les da Jesús la noticia de la presencia definitiva del Reino y se les permite vivir mediante la liberación, la curación, la alegría de vivir, el perdón, en una palabra: mediante la experiencia del “hoy de la salvación” que se concretiza en la vida de cada uno.

Este es el Jesús del Evangelio, cercano a los enfermos y a los pobres para ofrecerles el Reino del Padre. Un Jesús que fue capaz de entregarse hasta la muerte para que todos tuviéramos Vida abundante y que ha sido glorificado por el Padre para ser Señor de todos (cf. Act 10, 36)¹¹.

3. La Unción, Sacramento que celebra la Salud en la Iglesia.

El Sacramento de la Unción sólo puede ser comprendido en el ámbito de la misión salvífica de la Iglesia. Ahora bien, ésta no es otra que la continuación y la presencia en la historia de la única misión de Cristo, recibida del Padre. Cristo es enviado por el Padre para actuar, con la fuerza del Espíritu, la salvación de los hombres. La Iglesia, por lo tanto, es el sacramento primordial del Señor Resucitado y Salvador de todos (cf. LG 8; 46).

Cuando la Iglesia realiza su misión al servicio de los enfermos está ejerciendo lo que el Vaticano II llamó: “ministerium alleviationis” (cf. LG 28), pero que el nuevo Ritual, apoyándose en la versión de la Nueva Vulgata, transforma en “allevationis” (NR 32) sin parecerle esto falta de respeto. Es, pues, un “ministerio de curación”. Tal vez la expresión suene mal a oídos intelectuales, pero está ahí en el Vaticano II y hasta 3 veces en el nuevo Ritual (NR 32; 33; 34). En la teología católica ha preferido llamarse, muchas veces, “el cuidado pastoral de los enfermos”, en tanto que la teología protestante ha enfrentado abiertamente el tema y ha hecho una consulta a los teólogos¹².

A partir de estos tres documentos podemos deducir algunos puntos.
El ministerio de curación:

-
11. Estas pocas notas no constituyen el fundamento evangélico del ministerio de curación de Jesús. Orientan hacia una lectura más detenida de los Evangelios y, en ellos, al rostro del Señor que ama profundamente a los enfermos y les ofrece la salvación.
 12. Es la llamada “consulta de Tübingen”. Cf. *Eglise et guérison. Consulta del Conseil Oecuménique des Eglises*: Genève: 1966.

- Es la actualización histórica de la preocupación constante de Jesús por todos los hombres, sobre todo los pobres y los enfermos. Es, igualmente, signo mesiánico de la presencia hoy del Reino de Dios entre los hombres.
- Es un servicio realizado con la fuerza del Espíritu y sólo podrá ser efectuado “en provecho común” si va animado y potencializado con esta fuerza del Espíritu. Está sometido, pues, al Señor Jesús, Jefe y cabeza de la Iglesia, y al Espíritu que la dirige.
- Es una lucha por la salud total del hombre, como consecuencia y signo de la acogida del Evangelio. Como tal, exige luchar contra todo género de enfermedad como presencia del mal en la historia y lograr un servicio que se haga alabanza y culto del Señor.
- Es un ministerio que compromete a todos en la Iglesia. Vocación y acción de todos, sin excepción.

En este sentido, el Sacramento de la Unción aparece como:

- La culminación de la obra curativa de la Iglesia, visibilización ritual y sacramental de la lucha integral por el hombre que está enfermo.
- No una acción puntual y única que un presbítero realiza en favor de un enfermo; sino la culminación de todo un proceso eclesial de amor y entrega a los hermanos enfermos en la que se proclama y se realiza para la comunidad y el enfermo el misterio pascual de Jesucristo que sana y salva.

4. La Unción, el poder de la Resurrección en la debilidad de los signos.

Toda la riqueza de los puntos anteriores como que se concentra en una acción sencilla y simbólica: el Sacramento de la Unción. Pero, ¿qué es este sino la reunión sencilla de una comunidad, alrededor de un enfermo, para escuchar la Palabra, orar con imposición de manos y unguir al enfermo con un poco de aceite bendecido? No empobrecen estos signos la fuerza que significan? O, por el contrario, ¿es parte de la semiología cristiana manifestar y actualizar en la pobreza de los signos, la riqueza y el poder de las realidades salvíficas?

En la Unción encontramos, sobre todo, tres signos llenos de contenido:

- La oración de la fe, la expresión es propia de Sant 5, 15. Durante muchos años, al leer a Santiago 5, 14-15, se ha dicho que habla de la unción; pero analizando bien el texto, se descubre cómo allí la unción es secundaria y de ella se habla sólo de paso. El tema principal de todo el trozo es la oración en la vida cristiana:
 - en momentos de tristeza: oración que devuelve la paz (v 13a);
 - en momentos de alegría: oración de acción de gracias (v 13b);
 - en momentos de enfermedad: oración de fe que salva (vv 14-15a);
 - en momentos de pecado: oración de “confesión” y perdón (vv. 15c-16)

Esta oración es siempre comunitaria; por eso la conclusión final de Santiago (v 16) es: “Orad unos por otros para que seáis curados”. Y, como para insistir más en la enseñanza, agrega: la oración llena de energía (ἐνεργουμένῃ) que hace el justo, tiene mucho poder. Este “poder” de la oración no le viene de la fuerza interna o psicológica que la persona o el grupo hagan en favor de un hermano enfermo; es un poder recibido del Señor Jesucristo (cf. Mat 7, 7-11; Jn 14, 13; 16, 24) y un poder fundamentado en la potencia de la Pascua, única capaz de cambiar y transformar la vida de los hombres. Un poder, en fin, que expresa la presencia del Espíritu en medio de nuestra debilidad (cf. Rom 8, 2-12).

- La unción con aceite. En un artículo sencillo, A. Parra presentó la unción y la imposición de manos en la Escritura¹³. Antes de él, B. Reicke propone hasta siete formas de utilizar el aceite, tanto en la Biblia como en la tradición judía¹⁴. Remitimos a ellos pero insistimos sólo en la pobreza de un elemento tan humano para expresar la riqueza del don que ofrece y que sólo se puede entender a partir de la epiclesis en la oración de bendición: “Envía, Padre desde el cielo al Espíritu Paráclito sobre este aceite para que... (NR. 75).

De las tres formas utilizadas en la antigüedad para usar el aceite (bebida-efusión-unción), la liturgia actual sólo conserva la tercera y ha exigido siempre la presencia ministerial para bendecir el aceite. A la facultad sanadora que tiene, de por sí, el aceite (y que aprovechamos en circunstancias ordinarias de la vida) la Iglesia agrega una

13. PARRA A. “Teología de la Confirmación”. *Vida Espiritual*, 82 (1986) pg. 9-32.

14. REICKE B. “L’Onction des malades d’après saint Jacques”. *La Maison-Dieu*, 113 (1973) 52-55.

invocación al Espíritu para que llene con su poder creador y sanador este mismo elemento y lo haga portador de la Pascua de Jesús entre los hermanos. Esta aclaración sobre la presencia ministerial en la bendición del aceite (y no para la unción) es la que permite a los teólogos distinguir en el nuevo Código una disciplina eclesial (Cn. 1003, 1) y esperar confiadamente en que muy pronto se permita a los diáconos y a los laicos llegar a ser, aunque sea, ministros extraordinarios de la Unción.

- La imposición de manos. Mientras en el AT sólo aparece una vez la imposición de manos para pedir la curación de un enfermo (2 Reg 5, 11), en el NT acapara casi toda la atención (19 veces sobre 32). Boespflug ha hecho un estudio magistral sobre las manos en la actividad apostólica de Jesús y sus consecuencias para la pastoral eclesial¹⁵. El tocar expresa comunicación y cuando los enfermos quieren tocar a Jesús (cf. Mc 3, 9-10) manifiestan confianza en él, necesidad y voluntad de ser curados; cuando Jesús toca al enfermo (cf. Mc 1, 41) expresa su voluntad de curar, su cercanía y su presencia terapéutica. Pero, además, a través de las manos de Jesús, la santidad misma de Dios irrumpe en el mundo, la pureza limpia la mente y la vida de los hombres, la fuerza salvadora crea un pueblo y una historia nuevas.

Por eso, imponer las manos a los enfermos viene a ser un medio de comunicación especial de la fuerza divina de salvación. Medio tan débil y tan humano que la teología debería aprovechar para descubrir en él la revelación de un Dios que ha optado definitivamente por hacerse uno con los hombres.

¿Cuál es la realidad expresada por la Iglesia a través de estos signos humanos y débiles? Con palabras sencillas de Pablo, la realidad expresada en todo Sacramento es el Poder de la Resurrección de Jesús (cf. Fil. 3, 10). Este poder de vida, en el Sacramento de la Unción, tiene características especiales.

Ya vimos antes (1) la tesis fundamental del nuevo Ritual (NR 6) sobre la Unción. Si agregamos la fórmula sacramental encontramos que la acción de Dios que espera la Iglesia en la Unción sobre el enfermo está

15. BOESPFLUG F.D. "Jesús toucha..." *La Vie Spirituelle*, 133 (1979) 651-678.

expresada en cuatro verbos: “adiuvare-salvare-allevare-liberare”. El primero es general, los restantes tienen su fundamento en Sant 5, 14-16 y suponen toda una discusión y una exégesis, pero también una opción eclesial: el Sacramento hace presente el poder de la resurrección, capaz de salvar, curar y liberar. He aquí por qué titulamos este inciso: el poder de la resurrección en la debilidad de los signos.

Conclusión

Al final de este recorrido, quisiéramos despertar un interés y proponer una acción pastoral concreta. El interés de releer detenidamente, no sólo el desarrollo litúrgico del nuevo Ritual, sino también las nociones generales del mismo (introducción) para encontrar allí la fuente de una teología del Sacramento de la Unción que está por hacerse. La acción pastoral es consecuencia de lo anterior: con una nueva visión del Sacramento, su experiencia será distinta, su fuerza novedosa y sus consecuencias podrían promover en nosotros la misma admiración y el temor religioso que produjo el ministerio de Jesús (cf. Mat 9, 8).

El Sacramento de la Unción es una oportunidad de gracia para el enfermo y la comunidad de celebrar, en oración y fe, la presencia viva del Señor Resucitado que siempre perdona, salva y cura a los enfermos.